



FHCE (www.fhuce.edu.uy) Montevideo, Uruguay, junio de 2011

ISSN 1688-7476

CHRISTIAN BURGUES

MIRANDO DESDE UNO,
MIRANDO DESDE OTRO.
UN INTENTO DE FILOSOFÍA SOLIDARIA



Departamento de Publicaciones
publikfhce@gmail.com
versión electrónica disponible en el sitio <http://www.fhuce.edu.uy>



**Mirando desde uno, mirando desde otro.
Un intento de filosofía solidaria**

© Christian Burgues

porelperro@yahoo.es

© Departamento de Publicaciones FHCE

publikfhce@gmail.com

Impresión: Delia Correa y Oscar Río

Corrección de estilo: Eliana Lucían y Virginia Nancollas

Diseño de portada

e interiores: Wilson Javier Cardozo



ISSN 1688-7476
Depósito Legal 355457





Introducción

Parece noble, en vez de aferrarse a un abandono de lo que nos resulta extranjero, elegir vivirlo para enriquecer nuestra sabiduría, tanto la personal, como la heredada y la colectiva; porque es justamente aquel que más se nos distancia, el que más nos ayuda a darnos cuenta de quiénes somos nosotros mismos.

Cuando se busca acceder a una filosofía que no nos es propia, en un sentido extremadamente radical, la tarea se vuelve compleja. De esta complejidad y distancia es claro ejemplo la filosofía oriental, porque no solo surge a una distancia geográfica y cultural de la filosofía occidental, sino que también parece que lo hace desde una mentalidad o estado del alma disímil e, incluso, de un modo muy distinto de vivir y entender lo que la filosofía es y puede aportarnos.

Volver a la filosofía oriental, parte de nuestros intereses, genera algunos problemas, a saber: ¿Cómo entenderla sin contaminarla y desfigurarla con nuestros modos y estructuras de especular? Algo que tal vez sea, incluso, imposible de evitar, ¿Cómo discernir aquello que es filosofía de lo que no lo es, si se construye desde lógicas y paradigmas de pensamientos que no nos son propios? ¿Debemos entender por filosofía oriental aquello que a nosotros nos parece que es filosofía o aquello que quien la vive dice que es filosofía? Entonces, nace la dicotomía: hacer un análisis occidental (con todas sus implicancias) de aquello que surge desde un crear oriental (con todas sus implicancias), pretendiendo la misión, ampliamente imposible, de ponernos en el lugar de un otro tan otro.

En este trabajo, realizado en el contexto de filosofías comparadas, busco valorizar un camino alternativo al comparativo, aunque en el espíritu del trabajo pueda parecer que prima el último. Quiero que mi aporte sea el pensar un vínculo solidario entre filosofías. Existe un modo de definir la solidaridad que me parece bastante oportuno para graficar la relación que intento ejercer entre estas filosofías: «Adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros».¹

¹ Encarta® Biblioteca de Consulta Microsoft® 2005. © 1993-2004 Microsoft Corporation.



Este pretendido vínculo puede traducirse al intentar que allí, en el límite de mis posibilidades, donde ser tan yo en mis pensamientos me obstruya y no me permita avanzar más, pueda apelar al otro, a sus miradas e interpretaciones, para testear si mis hallazgos son tales o, finalmente, se develan como supuestos disfrazados de certezas. Hecho que, sin el alejamiento o liberación de mi mismidad, me resultaría imposible de reconocer. El otro y su irrupción se tornan, paradójicamente, una oportunidad para seguir pensando desde uno mismo, invadiendo, con fuerza fermental, las nuevas y propias preguntas.

Quizá nuestra antigüedad pueda compartir mayor cercanía con la filosofía oriental, por su pensar holístico no tan compartimentado o especializado y, por haberse vuelto, en el caso de muchos de sus autores, una actividad inseparable del modo en que se elige vivir la vida. Dentro de dicha tradición, elegimos a la libertad y la sabiduría, en su vínculo amoroso de compañeras inseparables, como materia de este trabajo de acercamiento filosófico. Partiremos de aquello que nos resulta más cercano, un filósofo occidental, puntualmente Platón, y uno de sus textos más célebres: *Alegoría de la caverna*. Seguiremos su análisis hasta considerar que llegamos a un cierre, a un hallazgo sin fisuras. Nacerá, entonces, el tiempo de volcarnos a mirar desde otro: la instancia del vínculo solidario. Apelaremos a un momento puntual de enseñanza del Bendito en el *Sutra de Lankavatara*, como instrumento noble para seguir pensando, cuando nuestra caja de herramientas parezca manifestarse ya agotada.

Mirando desde uno

En la historia de la tradición filosófica occidental, al pensar en una teoría que vincule a la libertad con una postura frente al conocer, la *Alegoría de la caverna* de Platón emerge como el más clásico y firme candidato que puede rescatar una memoria filosófica en cuanto a libertad cognitiva.



Allí, bajo la construcción alegórica que se presenta, se transita una relación indisoluble entre libertad y verdadero conocimiento. Entendiendo por verdadero conocimiento a la episteme o sabiduría de carácter único e inequívoco, en contraste con las opiniones, que son múltiples y carentes de verdad; desde el punto de vista de Platón, la opinión no encierra saber ni es garantía alguna de él. Esta falta de respaldo frente a la veracidad del contenido que despiertan las opiniones en el filósofo, no acontece para la sabiduría, el verdadero conocimiento según Platón, puesto que ella, la inmortal alma que da vida a cada hombre (que logra ser sabio) resulta ser un fiel e incuestionado respaldo.

La alegoría, en su situación hipotética, presenta a un grupo de hombres encadenados, desde siempre, en el interior de una caverna. La pared frente a ellos les trae sombras de objetos que otros hombres trasladan, a sus espaldas y tras un alto muro, visibles gracias a la llama de un fogón que proyecta su reflejo sombrío ante los ingenuos ojos o ingenuos hombres allí encadenados. En ese micromundo, la limitante pared que tienen delante, en donde juegan las sombras, es el único camino de acceso a aquello que para ellos es el mundo a conocer; el mundo pasa y es frente a sus ojos.

En este mito, la enseñanza es el engaño de los sentidos que nos apegan a un mundo material y nos alejan del mundo de los conceptos, de las formas, de la abstracción, de lo que Platón denominará el mundo de las ideas. El camino puede ser definido como una demostración por analogía entre los prisioneros del cuento y los ignorantes del mundo; puesto que del mismo modo que los prisioneros de la caverna creen que la sombra de los objetos tiene una verdadera y propia existencia, así los hombres creen, según Platón, que los objetos del mundo son una realidad en sí. Este error cognitivo, en el mundo de ficción de la alegoría de la caverna, se cristaliza del modo siguiente: si se proyecta la sombra de un pájaro, creen que eso es un pájaro, porque su acotado e incuestionado modo de contacto con lo otro que no son ellos los hace concluir que las sombras (sombras para nosotros, testigos de la trampa, pero no para ellos) son en sí mismas.



No pueden o no saben leerlas, comprenderlas, interpretarlas como la proyección de otra realidad que las genera. Realidad que sí es legítima para Platón.

Nosotros, el resto de los mortales que vivimos por fuera de esa parodia del mundo, también pecamos de ingenuidad o ignorancia. Contemplamos un mundo, al que acusamos de bello, justo, bueno, ordenado o, por lo menos, esperamos que así lo sea alguna vez, guiados por la necesidad que nos impone la estrechez de una caverna de la que somos: ¿constructores o habitantes? Porque los encadenados del cuento narrado por el filósofo no eligieron esa cárcel, nacieron prisioneros, seres fijos a una realidad, pero, ¿nosotros qué?

La caverna, en la comprensión de la enseñanza de la alegoría, es la prisión de nuestra alma; ya que, para el autor, es nuestra alma el único contacto real que guardamos con la Realidad única que da lugar a la ciencia, porque en tanto inmutable, garantiza la fijeza que la verdad debe poseer, al menos, en la concepción y deseo de los griegos clásicos. Verdad que no se construye sino que se descubre, verdad eterna que siempre está allí, descubierta o aún no hallada, pero siempre inmodificable al igual que la Realidad a la que refiere.

Pero, paradójicamente, esa caverna no puede ser interpretada como nuestro cuerpo. Lectura que se aleja de la habitual interpretación que se realiza sobre Platón y este episodio en particular. Resulta evidente y, de hecho Platón lo vuelve explícito, que el prisionero es la parodia del alma, porque preso está aquel que no puede dar cuenta de la verdad y se ve reducido a vivir creyendo que el saber trata sobre un mundo de apariencias. Así pasa con el alma, porque es ella, según esta filosofía, la única parte del hombre que lo lleva a conocer una verdad que trasciende lo alterable de las opiniones. Desacreditados quedarán los sentidos, pero no porque pueden errar, confundiendo, por ejemplo, algodones con conejos, sino, y sustancialmente, porque se abocan a un mundo que carece de aquello que un hombre sabio, un recuperador de verdades, ha de buscar. Los hombres miran el mundo material, ese que habitan y del cual, en tanto carne, forman parte. Un mundo que, como ellos, es mudable, múltiple, imperfecto.



Podemos quebrar una lanza a favor de Platón y aceptar, sin mayor crítica, esa caracterización de nuestro mundo. He ahí el destino de sus búsquedas, explicar una realidad que para el autor no tiene mayor estatus que el de ser copia de un mundo que sí es perfecto; el denominado mundo de los *eidos*.

Pero ¿por qué he sostenido que la caverna no puede ser interpretada como nuestro cuerpo? Pues bien, para Platón, aquello que le niega la luz al conocer de nuestra alma, refugio de lo puro, eterno e ideal, termina siendo nuestro cuerpo pasional, que está preso de la sensación; pero el cuerpo no es la caverna. La respuesta es simple. Si nos guiamos por la lógica de un alma por cada cuerpo, resulta inconsistente o fuera de dicha lógica que en esa única caverna habite más de un prisionero. Podemos pensar que responde a un equívoco del autor, una falla en su poesía, perdonarla y seguir aferrados a lo que pretendemos que el autor quiso decir. También, podemos pensar que varias almas habitan en una existencia humana. Sin embargo, esa idea es inconsistente con la filosofía del autor, puesto que cuando, en más de una oportunidad, refiere a particiones en el alma que corresponden a distintas funciones o instancias del temperamento, no es este episodio, porque en él los prisioneros no están definidos con caracteres distintivos, son todos hijos de una misma situación y circunstancia.

Por último, al menos desde mi óptica, queda la posibilidad de la reinterpretación. Cada uno de esos prisioneros es presentado con sus cadenas, que sí pueden ser pensadas como representación del cuerpo, la materia en lo humano, y cumplir con el papel reflejante de la limitación; puesto que no es la caverna la que los fija al muro sino las cadenas. De hecho, no es la caverna si no las cadenas las que deben romperse en la alegoría para llegar al conocimiento. De la caverna uno se debe marchar pero, también, a ella debe volver. Así, los hombres que aspiren a la sabiduría han de romper el límite que representan los sentidos como vehículo del conocimiento, para despojarlos de la prisión que ellos imponen hacia el mundo material, y empezar a buscar con el alma, activar la reminiscencia. Dejar que *lo semejante tienda a lo semejante*, que lo eterno, puro, bueno y be-



llo que poseemos tienda a lo semejante, como un recuerdo de lo que alguna vez vislumbramos, cuando la pureza aún no había caído bajo la contaminación que adjuntó cuando dio vida a la materia. He allí la única posibilidad de hallar la verdad, dejarse llevar por las huellas que de ella poseemos, porque, aunque olvidada, habita en nosotros.

Falta resolver el papel de la caverna, que, evidentemente, es central, sin necesidad de ir más allá de la obviedad para darnos cuenta, ya que es la que le da nombre a la alegoría. La caverna, quizá, ciertamente siga siendo la cárcel de nuestra alma, pero, ha de ser algo distinto de nuestro cuerpo. Platón dice que representa el mundo sensible. El prisionero sale y allí no está la verdad. Entonces, su camino de sabiduría lo lleva a mirar hacia lo alto. Finalmente, el mundo de afuera sigue siendo el mundo, más amplio y honesto que la caverna, pero el mundo al fin. La caverna se presenta como un espacio compartido que nos unifica en la ignorancia, una sociedad del error, de la cual solo se logra escapar bajo la invitación de un otro ajeno a ella, que viene a rescatarnos. En definitiva, la caverna es esa construcción político-social que nos educa, gobierna, forma, habilita roles a ejercer, permite y exige convivir; un micromundo del mundo, la creación humanizada en el recinto de la naturaleza que vive y muere. Construcción que, para nuestro autor, se edifica de un modo equivocado, alejado del bien, la perfección, la belleza, la justicia y la verdad.

Este modo que ofrezco de interpretar la caverna está en consonancia con la teoría platónica, puesto que su obra *República*, libro que alberga a la *Alegoría*, nace como una búsqueda por darle forma a una sociedad ideal, justa, que a diferencia de la democracia ateniense, no cometa un acto tan imperfecto como *matar al mejor de sus hombres*. Esto refiere al hecho histórico que marcó el final de Sócrates, maestro y amigo de Platón, y el inicio de su búsqueda política, la edificación de una *caverna* iluminada por el sol, símbolo del bien, ordenada, justa y bella.

¿Pero por qué estamos alejados del bien, de la perfección? ¿Qué o quién nos aleja?



En la alegoría no está presente quién es el que fabrica la trampa. Es cierto que hay otros además de los prisioneros, pero podríamos catalogarlos de meros operarios de un circuito del engaño, ya que, incluso, nadie se ha puesto a cuestionar el rol que le toca. ¿Quién sabe si están contribuyendo concientemente a un engaño o si ellos mismos son presa de él? En definitiva, en los hechos, no están realizando más que una mudanza de objetos. Queda en el arsenal de los misterios por qué la realizan. Para Sócrates, quien no es parte de nuestra comunidad es un extranjero. Y ser extranjero implica no tener un origen común, estar atravesado por otras normas, valores, creencias, conductas, saberes o apariencias; ser hijos de otra sociedad, de otra polis, de otra cultura. Estas personas que efectúan su rutinario transitar con objetos sobre sus cabezas, ¿son extranjeros?, ¿vienen desde otro lado o habitan en la misma caverna cumpliendo una función distinta?, ¿habrá que liberarlos también?

En el caso de que sean villanos, lo mejor es ser el villano pensante, el estratega o, al menos, estar consciente de la obra y, por tanto, gozoso de sus resultados. De ser este el caso, cabe cuestionarnos: ¿vivir dedicado al engaño de otro es vivir libre? Para Platón, es la generosidad el único motivo que haría que alguien que contempló la verdad, vuelva a lo horripilante de la farsa que constituye la caverna. Ha de entenderse este volver como un entrar voluntario exigido por la propia conciencia, con el cometido de liberar a los otros de la ignorancia. Nuestro presunto villano podría perfectamente cumplir con el requisito de conocer la verdad y adentrarse a la cueva sin necesidad de haber sido un prisionero previamente encadenado. La convicción acompaña a Platón al postular que nadie posterga el placer sublime y racional de la contemplación de lo bello, lo justo, lo bueno, si no es por el sacrificio heroico de desear compartirlo con los otros. Desde esta clarificación platónica, no queda más camino que reducir a nuestro posible villano al repetido papel de infeliz ignorante. Es cierto que ignorante desde otra instancia, desde otra habitación de la casa de la barbarie, mostrando un mundo que no es, proponiendo una realidad vacía de realidad.



Quizá, fuera de la caverna de la alegoría, este papel lo ejecuten los equivocados maestros, los falsos sabios, los des-*alma*-damente casados con el saber. En esta línea se fortalece la comprensión de que las paredes puestas a nuestra alma, son los frutos de la cultura, de la sociedad que nos acoge. Allí, unos más activos (enseñantes) otros más pasivos (receptores) jugamos a aprender el mundo y nos conformamos con los logros que obtenemos en nuestro acto de aprehensión, sin darnos cuenta que tal como los objetos que refleja un espejo o, por qué no, una pared, carecen de ser la forma. Al verlos o al, aparentemente, tocarlos, nos olvidamos, embriagados en la ignorancia, de nuestro don de darnos vuelta (pero hacia adentro) lucir el alma y contemplar lo verdaderamente existente.

De modo que solo queda camino para concluir que la trampa ya está allí, nadie la coloca, es el mundo de las apariencias compartidas e instituidas, que nos invita a nuestras convicciones más simples, fáciles e inmediatas: las propias de los sentidos.

En esta historia de encarcelados parece no haber culpables, al menos, no es adjudicable sobre nadie la responsabilidad de su situación de encarcelado desde un tiempo primero. Puesto que, desconociendo que existe otro mundo para vivir y contemplar, nadie puede ser acusado de elegir perderselo. Salvo que pretendamos darle la razón a Heráclito y sostener que: *si no esperas no hallarás lo inesperado*.

Por otra parte, las cadenas son un impedimento real, romperlas, desde el sentido común y desde el narrar de Platón, se presenta como un imposible. Si no es con la ayuda de otro, si no existe un alguien que lo libere, por sí solo el prisionero no podrá hacerlo. Luego sí, vendrá un tiempo donde el salir de la prisión dependerá de cada uno y sus elecciones.

Pero, primero, debe aparecer él, ese maestro que nos libere, que nos violente, nos lleve a la fuerza, no nos saque mediante la reflexión. El tironeado podría ser uno como cualquier otro. Un maestro que directamente cinche a los encadenados, porque no valora, desprecia, de hecho, todo aquello que constituye el mundo de los prisioneros.



¿Qué ve en ellos? Nada, no los mira, no hay nada que cuente en ellos, que los vuelva dignos discípulos, porque los envuelve la ignorancia, la falsedad.

¿Hay en él una necesidad de liberarnos o un ego que desborda en deseo de tener a quien contar su verdad? La necesidad de heredar, de enseñar una verdad, es, finalmente, un motivo tradicional del acto pedagógico. Con lo cual, parece que nuestro clásico y paradigmático ejemplo occidental de la libertad que nos lleva al saber posee espacios por donde su añorado sentido de verdad filtra, falla. La libertad es exigida por otros, otros nos imponen nuestro afán de buscarla. La desconocemos, innatamente no se revela, se nos presenta desde la invitación o presión de un otro liberado o, la menos, creyente conocedor de ella. Si la libertad implica alejarse de la barbarie, de la animalidad, de un actuar primario e irreflexivo, la libertad no parece ser un hallazgo personal, una meta autoconvocada. ¿Quién liberó al primero en la cadena de liberaciones?, ¿sobrevivirá esta respuesta como un enigma, o podemos suponer que una educación engañadora puede dejarnos en el umbral del milagro, del hallazgo inesperado que derive en sabiduría?

Quizá se pueda atribuir esta instancia a una revelación. Al parecer, a Sócrates, los dioses le ordenaron *conócete a ti mismo*. Aunque también es cierto que esta inscripción en la puerta del oráculo de Delfos es atribuida a Tales, primer filósofo occidental según la tradición. ¿Primer maestro de la liberación también?, aunque su aprender estuvo demasiado apegado a la materia, tal vez, yace allí la muestra de ese hallazgo inesperado.

Queda, entonces, abierta la duda en torno a la instancia del primer maestro y su cordón de vínculo con la sabiduría y aparece, claramente, un segundo momento: el momento personal con el saber. Puesto que una vez liberados de las cadenas y obligados por la violencia—elemento pedagógico quizá inevitable— a salir de la posición de pasividad; llega el punto del compromiso personal con la sabiduría, la libertad.



Una vida de estancamiento en una postura física que representa una actitud frente al saber, pesa. La costumbre adquiere una fuerza en los hombres que se manifiesta en artrosis, siendo cualquier movimiento o novedad un reto. Puesto que todo cambio es hacia lo desconocido, frente a esta posibilidad aparece el miedo. Platón muestra que la exigencia de abandonar la caverna puede tener consecuencias como dejar atrás una instancia de privilegio, como la de ser el mejor entre los ignorantes, por ejemplo, para adentrarse en un mundo desconocido y sin garantías. Implica, también, abandonar a quienes forman parte de nuestro entorno, junto al abandono de la única vida que «conocemos». Además, el proceso de aprender se presenta como doloroso. No es en vano tanta alusión puesta por el autor al enfrentamiento dañino que implica percibir la luz: personificación del saber.

Solo si el maestro logra disciplinarnos, retenernos en el alejamiento de nuestra propia y ya transitada existencia, podrá darse allí la instancia de que elijamos la libertad. Libertad que para Platón solo la proporciona el saber, la contemplación de las formas eternas, la depuración de nuestra alma de la perturbación de las pasiones, para que, alejada de lo vano, permanezca aquello cuya dignidad queda a resguardo de la materia.

Mirando desde otro

El *Sutra de Lankavatara*, también conocido como *Sutra de la aparición de la buena enseñanza en Lanka*, narra el descenso de Buda a la isla de Lanka, con el fin de predicar su verdad a sus seguidores, mediante el diálogo con su discípulo Mahamati, quien transita por sus enseñanzas, embarcado en la búsqueda de ser iluminado.

Se cuenta que este momento se vuelve parte narrada de la historia porque Bodhidharma, primer patriarca del budismo Zen, se lo entregó a Huìkì, el líder de sus discípulos, por contener la enseñanza esencial del Zen.



Será el siguiente fragmento de este Sutra, el camino para mirar desde otra senda el pensamiento de Platón, para mostrar, a modo de ejemplo, la potencialidad que se abre cuando uno opta por el vínculo solidario entre filosofías: el fluir de nuevas dudas. Si este es un caso puntual o una senda factible de expandirse a otras obras, escapa a este trabajo confirmarlo. Podemos arriesgar que se trata de que acontezcan esos encuentros donde dos miradas distantes se crucen sobre la misma «realidad» convocante.

Entonces Mahamati le dijo al Bendito: –¿Por qué es que el ignorante se entrega a la discriminación y el sabio no?

El Bendito replicó: –Es porque el ignorante se agarra a los nombres, a los signos y a las ideas; a medida que sus mentes se mueven a través de esos canales, ellos se suplen de la multiplicidad de objetos y caen en la noción de un ego-alma y lo que pertenece a él; ellos discriminan entre lo bueno y lo malo de las apariencias y se agarran a lo placentero. A medida que ellos se agarran así, hay un deterioro hacia la ignorancia, y el karma nacido del egoísmo, la cólera y la estupidez se acumula. A medida que la acumulación de karma continúa, ellos llegan a estar prisioneros en una concha o caparazón de discriminación, siendo de ahí en adelante incapaces de liberarse ellos mismos de la rueda de nacimiento y muerte.

Por la estupidez, ellos no entienden que todas las cosas son como *maya* (ilusión), como una reflexión de la luna en el agua, que no hay una sustancia propia para ser imaginada como un ego-alma y que sus pertenencias, y todas sus ideas específicas que surgen por sus discriminaciones falsas de lo que existe, son solamente lo visto por la mente misma. Ellos no comprenden que las cosas no tienen nada que ver con lo que califica o la calificación, ni con el curso o camino del nacimiento, la permanencia y la destrucción, y en su lugar, ellos afirman que son nacidos de un creador, del tiempo, de los átomos, y de un espíritu celestial. Es porque los ignorantes se han entregado a la discriminación, se mueven a lo largo de la corriente de las apariencias, pero eso no es así con el sabio.²

² Hortencia De la Torre, *El Sutra de Lankavatara*, 2004, pág. 16.



Después de dejar atrás la materialidad de un mundo siempre mudable, siempre alejado (por ser copia) en un grado de la perfección; más allá de la exigencia moral de volver para el rescate de los otros, los iluminados, los sabios (según comprensión de Platón) se vuelven libres. Es una libertad que es nacida de la contemplación de lo verdadero. Pero esta teorización platónica exige aceptar un principio de dualidad, que se manifiesta en la convivencia de dos mundos, como también se manifiesta en la doble naturaleza (alma-cuerpo) del hombre. Es una libertad que, para hacerse presente, requiere del postulado de dobles y dispares, aunque, de todos modos, convivientes realidades.

Pero si esas duplicadas realidades no fueran tales: ¿en qué consistiría la libertad? Ya no podría pensarse a la libertad como un escaparse o dejar atrás o trascender una naturaleza para obtener el acceso a otra naturaleza, sí perfecta, donde la verdad es. No bastaría con definirla en la metáfora de quitarse las vestiduras, las cadenas de la apariencia para acceder a la exigencia de conocernos a nosotros mismos, volcándonos al potencial de nuestra alma para aprender y aprehender. Es decir, creer que el alma nos enseña porque supo guardar el recuerdo de aquello verdadero por ser puro y eterno, como ella, y que, en la libertad previa a estar atrapada en la materia de nuestra alma, contempló. Ideas para una idea activa que las recuerda.

Para el testimonio y saber oriental, a diferencia del occidental, lo que distingue al sabio no es su capacidad de distinguir realidades de apariencias, verdades de ficciones. Para esta sabiduría, tampoco es lo propio del ignorante confundir apariencias con realidades. Porque para ellos no hay apariencia y realidad, no hay ser y no ser, no hay sujeto y objeto. Creer esto es un acto ignorante, superar la discriminación es lo propio del sabio. No hay un mundo puesto allí para confundirnos a través de nuestros sentidos. Entonces, ese cuasi cómplice del mal en la filosofía platónica, el mundo de lo sensible, no nos aprisiona ni tampoco lo hace nuestro cuerpo. Porque no existe lo efímero (no existe ese mundo) y tampoco existe nuestro cuerpo. Todo es producto del proceso imaginativo, proceso cognitivo que desde



la perspectiva occidental es hijo de la razón. Con lo cual, la presunta llave a la libertad que postula e idolatra nuestro clásico autor, se vuelve el villano que encarcela. ¿Cómo ser libres si nuestra línea de fuga, si la vía hacía la presunta luz es el foso hacia el abismo del engaño que nos vuelve individuos?, porque justamente ahí, en el creernos algo distinto del todo, hipotecamos la posibilidad de volvernos sabios.

Si no hay un mundo a superar distinto de un mundo en el cual reposar y ser nosotros verdaderamente, porque es tan mentira aquello con que chocamos en el mundo como su concepto; si incluso no hay un nosotros que debemos recuperar en ese *conócete a ti mismo*: ¿de qué liberarnos para ser libres, Platón?, ¿quién garantiza tu punto de partida, celebre autor, si tu prisión eres tú?, ¿si mi cadena es mi presumido deseo de ser alguien?

Tal vez, y finalmente, el cuerpo resulte inocente. Si en vez de ser la cárcel de mi alma, es tan solo el producto de mi racionalidad (habitante más noble de mi alma según tú); si todo es conciencia y esta es la culpable de los presuntos otros; si oriente acertó y develó tu fraude, ¿qué pasa si en vez del recuerdo, me libera el olvido?, ¿podrás sobrevivir?, ¿habrá una libertad occidental y otra oriental?, ¿es necesario elegir o es posible el complemento?, ¿será esto un paso más allá que Platón no vio?, ¿es disipable esta duda y, en definitiva, es posible una libertad cognitiva?

Son algunas preguntas que nacen, lo difícil ahora es decidir desde dónde es posible llegar a sus respuestas.

Bibliografía

DE LA TORRE, Hortencia (recopilación, edición y traducción): *El Sutra de Lankavatara*. 2004. En www.acharia.com.

ENCARTA: Biblioteca de Consulta Microsoft. Microsoft Corporation. 2005.

PLATÓN: *La República*. Edicomunicación, 1994, s/l.



El objetivo de la colección *Avances de Investigación* es fortalecer la difusión del rico y valioso trabajo de investigación realizado en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE). Asimismo procura estimular la discusión y el intercambio a partir de estos *pre-prints*, preservando la posibilidad de su publicación posterior, en revistas especializadas o en otros formatos y soportes.

La colección incluye no solo versiones finales e informes completos sino –como lo sugiere su propia denominación– avances parciales de procesos de investigación, incipientes o no.

Las versiones de *Avances de Investigación* están disponibles simultáneamente en soportes impreso y digital, pudiendo accederse a estas últimas a través del sitio web de FHCE.

La colección, continuadora de las ediciones de *Papeles de trabajo* y *Colección de estudiantes*, consiste en una serie de pre-publicaciones que integra (ahora en una única serie) trabajos seleccionados a partir de llamados específicos abiertos a estudiantes, egresados y docentes de la FHCE.

Departamento de Publicaciones
Facultad de Humanidades y
Ciencias de la Educación

